



LA CRÓNICA RIMADA

Hubo por fin Festival
y el público lo colmó.
Hubo *Molière*, y hubo *¡No!*,
y un clowncierto sin final
que estremeció el Principal,
y en las plazas hubo un *Faro*.
Todos tuvimos regalos,
de teatro y mucha fe.
Y también mesa buffet:
pregúntenle a Pérez Malo.

LA AVELLANEDA PARA QUIENES LA MERECE

En la mañana del viernes 22, minutos antes de que ocurriera el panel del evento teórico previsto como diálogo con representantes del Estudio Teatral Macubá y el Estudio Teatral de Santa Clara, se entregó la Placa Avellaneda, una de las distinciones que caracterizan al Festival Nacional de Teatro, a un relevante conjunto de artistas escénicos que representan lo mejor de este quehacer, desde la enseñanza hasta la presencia en los escenarios, de nuestro país. Con la presencia de Rachel García Heredia, presidenta del Consejo Nacional de las Artes Escénicas, Kenny Ortigas Guerrero, Director del Sectorial de Cultura Provincial de Cultura en Camagüey y otras personalidades de cultura y el Gobierno de la ciudad, el acto fue un emotivo homenaje y reconocimiento a muchas de las personas que ahora mismo son, no solo en la capital sino en muchos sitios de todo el país, nuestro teatro.

La Placa Avellaneda fue entregada a Aixa Prowl Avilés, Aliannis Sarduy Hernández, Daylen Osorio Martínez, Dorys Méndez Lanza, Elsa Lizette Silverio Valdés, Gretzy Fuentes Caballero, José Emigdio Pascual Varona, Luis Enrique Amador (Kike) Quiñones, Mileydy Jiménez Fiffe, Yanetsy León González, Yurisnel Eliecer Pompa Rojas, Dailin Anaya Blanco, Rafael Pérez-Malo Stinga, y Erduyn Maza Morgado. ¡Muchas felicidades a estos creadores de nuestra escena!



FLORES Y RETABLOS PARA MARIBEL Y RENÉ

A Maribel López y a René Fernández Santana se le dedicó esta vez la edición del Festival Nacional de Teatro. Y merecidamente, sin duda, porque ambos son nombres esenciales en la intensa tradición de la escena titiritera de la Isla. Ella, desde el Guiñol de Guantánamo, fundado en 1970, ha sido actriz, maestra, guía de muchas generaciones, desde una humildad que es parte indisoluble de su magisterio. Y él, que ya ha sido ganador del Premio Nacional de Teatro, prolonga la línea fundacional de los Hermanos Camejo y Pepe Carril desde el vuelo de su Pupalote. Entregarles flores y obsequios, es solo parte del homenaje. Acompañarlos y demostrarles cuán agradecidos estamos por su obra, sus vidas, sus legados, es un acto que ellos perciben como el aplauso mayor.

que confía en la savia joven, Maribel ha admirado y reverenciado a todos los grandes maestros que han contribuido a su formación, con mucho respeto y cariño rememora momentos inolvidables de esos encuentros y no puede dejar de agradecer a Pedro Duarte (su maestro guantanamero), Bebo Ruiz, Leopoldina Núñez, Raúl Eguren, Freddy Artilles, Mayra Navarro, Roberto Fernández y especialmente a Armando Morales." Y de René Fernández, Arnely Cejas afirmó: "Las manos y el pensamiento de René han sido guía durante muchos años. Pienso que el mejor homenaje es precisamente ese: que cada uno de sus discípulos, gracias a él, tenga su propia historia que contar. Los que lo conocen saben que para él ese es el mejor regalo." Y el regalo grande es tenerlos aquí, y celebrarles, en vida, todo lo que a nuestra propia vida nos han dado.

En el Foro UNIMA Cuba de este evento, se leyeron los elogios que dos de sus discípulos prepararon para la ocasión. Emilio Vizcaino dijo de ella: " De la misma manera

Diálogos urgentes para otro evento teórico en Camagüey.

Por Yariel Benítez Naranjo

En la mañana del viernes 22 tuvo lugar, en el Centro Cultural Santa Cecilia, otro de los paneles teóricos que se han encargado de entablar diálogos entre público, creadores y especialistas. La primera parte estuvo dedicada a la entrega de la Placa Avellaneda, una distinción que otorgan las autoridades de la provincia a artistas jóvenes y maestros que llevan a cabo un trabajo loable.

Luego, el dramaturgo, teatrólogo, crítico y poeta Norge Espinosa intercambió con dos actrices portavoces de los montajes que se habían presentado la noche anterior. La primera es la maestra Fátima Patterson, directora del Estudio Teatral Macubá, quien respondió preguntas acerca de *De Molière y otros demonios*, propuesta con la que el grupo se presentó en el Festival. Un diálogo en el que la maestra expuso sus motivaciones e intereses dentro del montaje, que parten en su mayoría de personajes e historias salidas de la calle, de lo popular, ligado en cierta forma a grandes maestros y figuras del teatro mundial.

Por otro lado, Gretzy Fuentes, actriz de Estudio Teatral de Santa Clara, sirvió de interlocutora entre la presencia casi

simbólica de Joel Sáez y el moderador del panel.

En este caso también se habló de esas motivaciones que habían hecho nacer el espectáculo *La noche de Tebas*, y de cómo Estudio Teatral de Santa Clara, es ante todo, una escuela aún en formación, en proceso de estudio...

Para cerrar el panel Marilyn Garbey presentó los títulos *Repiques por diez obras*, de Fátima Patterson, y *Teatro de relaciones*, de Oscar Vázquez; libros que recorren dos caminos diferentes, pero que se encuentran en un punto común, que tiene que ver, de alguna manera con esa cultura popular santiaguera, donde la religiosidad y la fiesta se unen indisolublemente.

El evento teórico ha programado dos últimas mesas de diálogo: el sábado 23 se hablará sobre los retos y peligros de la colonización cultural en Cuba, moderado por Yuris Nórido. Y el domingo 24, la mesa estará dedicada a los nuevos directores presentes en este Festival. Ambos encuentros se han previsto para las 10 de la mañana, en el Café Dodo's, cercano a la Plaza de los Trabajadores.

El escenario está diseñado para dejar que la imaginación haga su parte. Los colores vivos y los elementos cuidadosamente dispuestos crean un ambiente cálido que transporta al espectador al mundo de la infancia. Los vestuarios y elementos que los acompañan refuerzan la personalidad de cada personaje y aportan un toque visual irresistible. La música y los efectos sonoros son el ingrediente secreto que mantiene el ritmo de la obra. Con ritmos cubanos que invitan a moverse y melodías que subrayan los momentos esenciales, la banda sonora añade una capa extra de energía y emoción. El diseño de luces es merecedor de elogios, discreto pero bien pensado, pero sobre todo en su mayoría manual, acompaña cada giro de la historia y crea estas atmósferas que oscilan entre lo alegre y lo entrañable.

Las actuaciones son, sin duda, el alma de *Un pastel de chocolate*. Los jóvenes de La Andariega no solo actúan: se entregan a sus personajes con una naturalidad que atrapa. Cada sonrisa, cada movimiento, está cargado de una autenticidad que desarma incluso al espectador más serio. Estos niños tienen una chispa especial, y esa chispa es la que hace que la obra no sea solo divertida, sino también profundamente humana.

En manos de La Andariega, este pastel no solo se hornea; se comparte con todos los que estén dispuestos a dejarse llevar por su encanto. Una receta que no falla.



El arte de fracasar con estilo

Por Gabriela López-Silvero Torres

Desde que *Asesinato en la Mansión Haversham* empieza, el público de La Avellaneda sabe que no está ante una obra convencional, y eso es lo que la hace irresistible. Se trata de un caos teatral en su mejor expresión: un desastre orquestado que lleva el humor absurdo a otro nivel. Con esta adaptación de la comedia inglesa *The Play That Goes Wrong*, Ledier Alonso debuta como director y monta una tormenta de torpezas que cobra vida a través de los esfuerzos (fallidos, pero encantadores) de la ficticia *Sociedad Anónima de Drama*. Este grupo de actores amateurs intenta montar un clásico misterio de asesinato, pero, como queda claro desde el principio, nada sale según el plan.

La premisa inicial es sencilla: descubrir quién mató a Charles Haversham. Sin embargo, desde el primer minuto, la obra se convierte en un desfile de accidentes hilarantes: copas que se caen, puertas que no abren, decorados que se desmoronan y un "cadáver" que tiene serios problemas para quedarse inmóvil.

El verdadero mérito está en el elenco, que maneja el caos con una sincronización impecable. Ariel Zamora, Geyla Neira y María Karla Fornaris se roban el show mientras luchan (literalmente) con decorados traicioneros, olvidos de líneas y situaciones cada vez más absurdas. Esta labor ya les valió reconocimientos en el pasado Festival Aquelarre, donde la pieza fue galardonada con premios como Mejor Escenografía, Mejor Puesta en Escena, y Mejor Actriz Femenina para Geyla Neira, además de recibir menciones destacadas para Johann Ramos y Ariel Zamora por su trabajo actoral. También se alzó con el Premio Colateral de la AHS, un reconocimiento adicional al talento que esta obra despliega en cada escena.

La puesta, más que una comedia, es una sátira al teatro mismo, a la teatralidad forzada y al dilema de "el show debe continuar". En el escenario, el trabajo físico roza lo acrobático, y el diseño escenográfico se convierte en un personaje más, como una especie de revuelta propia.

En medio de este desplome teatral, el misterio original queda reducido a un pretexto, mientras el público se entrega a la maravilla de ver cómo cada cosa que puede fallar, falla. Pero, al final, ese es el juego: el elenco de Alonso ha creado una comedia que no se preocupa por hacer sentido, solo por hacer disfrutar del desastre. Es una celebración de lo imperfecto. Un espectáculo que desarma la solemnidad y nos deja con una sonrisa mientras todo se termina entre ruinas y aplausos.



La receta mágica de

La Andariega

Por Gabriela López-Silvero Torres

Un pastel de chocolate, de Niurkis Pérez, es una pequeña delicia escénica que La Andariega sirve con cariño y entusiasmo. Esta compañía camagüeyana, con más de 25 años formando a niños y adolescentes, ha perfeccionado un estilo único que mezcla teatro, danza y mucho corazón.

La historia sigue a un grupo de niños que quieren hornear un pastel de chocolate, pero como suele pasar, nada resulta tan simple como parece. Entre enredos, risas y pequeñas tensiones, la aventura se convierte en una lección sobre amistad, trabajo en equipo y lo importante que es disfrutar del proceso, no solo del resultado. Es un relato que, sin pretensiones, logra conectar con las emociones más básicas y universales.

CLOWNCIERTO

TEATRO TUYO



PAPOTE

ERNESTO PARRA

Un concierto afinado

Por Yariel Benítez Naranjo

Hasta el Teatro Principal de Camagüey ha llegado *Clowncierto*, de Teatro Tuyo. Una propuesta que bajo la dirección de Ernesto Parra ha labrado ya un camino dentro de la escena teatral cubana. Luego de su estreno en 2023, la obra se ha alzado con grandes lauros como el Gran Premio Aquelarre y a Mejor Espectáculo Teatral en el Festival Nacional del Humor. De ahí que su presencia dentro de este evento haya gozado de una expectativa esperanzadora.

Clowncierto es un desfile de ritmos y sonoridades puestos en escena con un fin común, la risa. Con vestuarios en tonos de negro y blanco, en contraste con las narices rojas y con los demás accesorios llamativos, la obra recrea un universo sonoro en el que confluyen géneros como la zamba, el guaguancó y hasta el flamenco.

Un grupo de músicos ambulantes en busca de un lugar donde ser feliz y hacer su música, son lo primero que queda planteado en *Clowncierto*. Al parecer lo logra, pese a la tensión generada por una llamada que se espera y que pudiera definir el devenir del grupo. Mientras, la música no se detiene. Se baila y se canta también en la espera.

A sus 25 años, Teatro Tuyo vuelve con esta puesta en escena que cierra una trilogía compuesta por las obras *Clownscicos* y *Clownpuerta*, y continúa explorando la relación del clown con la música en vivo que fue la clave de éxito de un espectáculo como *Superbandaclown*. La obra que han traído hasta el Principal tiene, como uno de sus valores más grandes, ese sentido de felicidad ante una etapa de tránsito. Y un sentido, además, de esperanza ante las incertidumbres que nos rodean y delante de la cual, todos somos indiferentes.



De demonios y otras denuncias

Por Manuel Peláez

En la sala Virgilio Piñera del Teatro Tasende, tuvo lugar el espectáculo *De Molière y otros demonios*, de Estudio Teatral Macubá, bajo la dirección y actuación de la Premio Nacional de Teatro Fátima Patterson.

En *De Molière...* se articulan en alguna medida los presupuestos del Carnaval. Esta fiesta en la Edad Media era un espacio donde convergían como iguales todos los estratos de la sociedad. Ello marcaba un tiempo especial, lo cual permitía a los sectores populares desplegar su denuncia con cantos paródicos de las sagradas escrituras, bailes grotescos y máscaras, que desacralizaban o subvertían los símbolos establecidos por el poder. En la obra de Patterson se dan cita sobre el escenario, con aire de carnalescos, variados personajes, que transitan entre el tipo, el portavoz y la apropiación de emblemáticas figuras la obra de Molière, con el fin de romper su silencio personal y colectivo.

A su vez, la conga santiaguera, el choteo y los bailes afrocubanos se emplean como parte de un relato local para generar un discurso descolonizador, que sin embargo se apoya en un referente de teatro europeo. Con Molière, o

mejor dicho, con la visión de Fátima Patterson sobre la obra del francés, se alcanzan puentes entre disímiles tiempos. Confluyen el tiempo actual, el de la tradición de la tierra caliente y el tiempo de la comedia francesa. En relación a este último, Macubá halla puntos de contacto con el carácter popular de piezas como *Tartufo*, que si bien es una mezcla interesante por su integración con nuestra idiosincrasia, en el transcurso de la puesta, puede echarse en falta su presencia luego con el vacío que deja la enunciación o lo anecdótico. Es así cuando se piensa más en los parlamentos, y no tanto en los modelos de representación específicos, que propone la dramaturgia del autor de *Las preciosas ridículas*.

De Molière... es un espectáculo que dialoga con la memoria, con las raíces y con un presente difuso e intermitente como su propia estructura dramática. También se preocupa por la mujer, las voces marginales y dispersas, por nuestra identidad, a través de una mirada caleidoscópica del mundo. Pone un espejo a nuestras máscaras, nos hace notarlas, sus personajes se quitan las suyas y nos hacen reír o llorar.





Entre canciones y harapos

Por Manuel Peláez

En la Plaza de los Trabajadores hizo su aparición Teatro Andante con su espectáculo *Faro*, creación colectiva dirigida por Juan González Fiffe.

Con la estética del teatro callejero, esta pieza aborda las historias contenidas en varias generaciones de cubanos. Hace un repaso por las problemáticas sociales coaguladas y las más inmediatas de nuestra nación, aunque en su empeño puede incurrir en la premura, pues de tantos relatos que se propone contar, solo tiene tiempo para palpar sus superficies. Esto no impide que *Faro* conecte con su público, pues el receptor se siente aludido al escuchar su denuncia.

El eje de la puesta se sitúa en *La Madre*, interpretada por Mileydys Jiménez Fiffe, y en sus muchos hijos, los cuales ven enfrentarse al mundo entre deseos y frustraciones, entre quedarse o irse de su país-casa. *La Madre*, unida a la escenografía en la parte central observa, inmóvil, el futuro de sus criaturas. Los hijos, a su vez, se mueven de un lado a otro, hacen el papel de coro, ejecutan sus monólogos, interactúan con el espectador y con las canciones de la nueva trova, por ejemplo: temas memorables de Silvio Rodríguez y Carlos Varela, en los cuales apoyan parte de su discurso, siendo este un valor a denotar en la puesta. Se trata de la construcción de una narrativa a partir de la música y la letra de tantas canciones encargadas de contar la historia reciente de nuestro país, ahora interpretadas a viva voz por Manuel A. Pérez Cedeño, *El Hijo Músico*. Resulta estimulante y algo más enriquecedora esta forma, que otras de las estrategias empleadas para discursar.

Faro es sin dudas un reflejo inmediato de nuestras malditas circunstancias; es la canción de cuando nos sentábamos en el parque a descargar, es la teatralidad que habita las calles.



¿Por cuál de las puertas abro para no ver la muerte?

Por Yariel Benítez

Estudio Teatral de Santa Clara trae hasta Camagüey el espectáculo *La noche de Tebas*. Una puesta en escena que ha llegado al escenario del Teatro Avellaneda bajo la dirección y dramaturgia de Joel Sáez, y que es, en alguna medida, una aproximación al mito tebano, a partir de analogías con pasajes de la historia cubana, sin dejar de lado el enfrentamiento entre Polinices y su hermano Eteocles.

Las guerras de independencia, o la vida del escritor y periodista español, Manuel Sítges, son relatos que se cuentan, de algún modo paralelos, o incluso aislados del mito. Una zona narrativa desde donde el espectador puede establecer equivalencias, a veces muy obvias, con nuestra realidad. Esto habla de lo efectivo de un tejido dramático sustentado, casi por completo en escena, desde un acercamiento muy sutil a la herencia del maestro Eugenio Barba.

Dispuesto como un teatro de arena (lo cual no creo necesario), *La noche de Tebas*, responde, además, para mal o para bien, a un legado teatral en el que puede rastrearse, salvando las distancias, prácticas como las de Teatro Buendía. No sorprende entonces que este grupo se conduzca, desde muy lejos y sin llegar aún, en esa dirección.

Con actuaciones no del todo logradas, al espectáculo se le agradece la recreación de imágenes, en algunos casos, contundentes. Se le agradece también suscitar de manera indirecta, un diálogo muy fértil dentro del mismo público sobre las problemáticas, carencias y logros también del teatro que hoy nos circunda.



Querido Tennessee, te espero en el andén

Por Norge Espinosa Mendoza

Querido Tennessee:

Por fin, como me pedías, pude ver esta nueva versión de tu argumento y tus personajes. He tenido casi que subirme a otro tren para llegar al Festival y cumplir con tu encomienda, y saber qué ha hecho este joven director que en el Pinar del Río lejano y silencioso, se ha atrevido a volver a contar la historia de *Blanche, Stella, Stanley y Eunice*. Este tren se llama *Deseo*, así se titula el espectáculo. Y puedo decirte que no tienes por qué preocuparte, se trata de una acertada vuelta de tuerca sobre tu tranvía, que demuestra cuán vivos están esos fantasmas que tú imaginaste en la febrilidad de New Orleans.

La puesta se concentra en varios elementos básicos de *Un tranvía llamado Deseo*. El autor y director del espectáculo, Irán Capote, apenas necesita a *Blanche, Stella, Stanley* (aquí llamado *Marlon* en un homenaje explícito a Brando) y *Eunice*, que crece en esta variación y se convierte en un personaje esencial, y es a través de ella que se subraya la posibilidad de imaginar ahora mismo, en Cuba, ese argumento tuyo. Mejor dicho: solo necesita a sus propias interpretaciones de esos personajes, que son los tuyos y al mismo tiempo, los suyos. Los que tal vez serían imaginados por ti si vivieras este tiempo de carencias y nostalgias, de una realidad tan dura como para que la locura de *Blanche* fuera mucho más inmediata, pero donde vivir es aferrarse rabiosamente a tantas otras cosas.

Sobre un camino que atraviesa el escenario, a manera de esos rieles por los cuales pasaría el tren y no el tranvía llamado *Deseo*, sucede todo. Esa sencillez aparente se resuelve en limpieza, en un trabajo actoral cuidadoso, en una concentración en el desempeño de los intérpretes que mucho agradecen los espectadores, que son más bien cómplices de lo que aquí perdura del original, y se transforma en un comentario paralelo a la realidad de este otro paisaje. Ya no vivimos en 1947, cuando estrenaste esta pieza, ni es 1951, cuando Hollywood la llevó al cine por vez primera. Ya no somos los mismos. Ni siquiera tú. Y aunque en la puesta se escuche *La vie en rose*, y *Mad about the boy*, también hay música más contemporánea. Y una violencia, y una dureza en la manera de revivir a estos personajes, que es la de estos días muchísimo más feroces.

Querido Tennessee, te mandaré fotos del montaje. Me gustaría haberle dicho al director y a sus intérpretes (Sandra Pérez, Carlos Ernesto Sánchez, Yadira Hernández y Yune Martínez) más elogios. Y también sugerencias; no perder el control sobre ciertas referencias al presente para no desdibujar la tensión de la trama. Y siento que las escenas finales podrían reescribirse, porque me parecieran menos firmes que las del inicio. Pero con esos actores se puede hacer mucho, y lo hacen muy bien. Te hubieras enamorado de ellos. Te conozco, querido. Nos parecemos en muchas obsesiones.

Querido Tennessee, ha valido la pena. Aplaudí con gusto y pensé en ti. Si vuelves a esta isla, que ya conoces, vendremos juntos. Y nos iremos adonde esté Teatro Rumbo, haciendo esta obra. Para que tú mismo la veas, la comentes y los abrazes. Ya yo lo hago por ti. Un beso rápido, y otro para Frank. *Au revoir, mon cher*. Ya viene mi tren. Te mando, desde el andén, un adiós mientras resuenan aquí las últimas campanas.



Fidel Galván o Chizpirín, una luz eterna en el bosque.

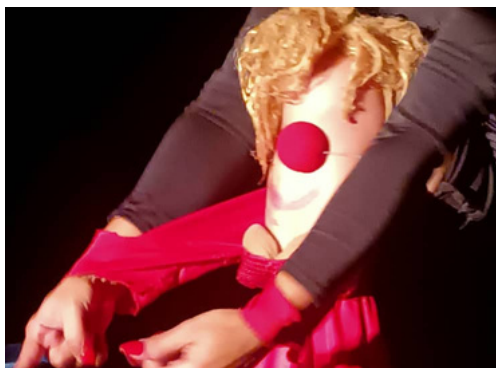
Por Yariel Benítez Naranjo

En la sala "La Andariega" tuvo lugar la propuesta con la que el Guiñol de Remedios llegó a Camagüey. Se trata de *Brizna*, la última obra escrita por Fidel Galván, quien fuera fundador y director del Guiñol de Remedios, hasta su partida física en 2015. A él estuvo dedicado especialmente este espectáculo, que con el coherente y acertado diseño de escenografía de Viviana Mederos, ha demostrado la vigencia del legado que durante tantos años construyó Galván.

En *Brizna* se ha utilizado por primera vez en 57 años, la técnica de títeres de mesa. He ahí un hallazgo valioso. Un descubrimiento que ha hecho recrear en el espectáculo, de manera eficaz el ambiente de un bosque mágico primero y a veces también desolador y árido.

Sobre un tronco, un libro se abre, y sobre sus páginas sucede esta historia, acompañada por un teclado que reproduce una banda sonora en vivo.

Desde ahí ha llegado el espectáculo, desde la necesaria negación a lo que puede hacer el hombre para destruir cualquier mundo de fantasías. Un mundo del que *Brizna* ha salido en defensa, y donde el viento le ha levantado la falda a una planta bruja. Donde los hijos de Galza ahora, crean mundos nuevos, necesarios y fantásticos. Donde vuelan juntos al amor ante los ojos de *Chizpirín*, un viejo duende, guardián del bosque, dónde está la presencia y la enseñanza viva de Fidel Galván y donde además los nuevos hijos de Galza se alumbran con su luz.



¡No!(s) queda el teatro

Por Yariel Benítez Naranjo

Hasta el Café Dodo's ha llegado Alas Teatro con *¡No!*, una obra dirigida por la actriz Arasay Suárez en su debut como directora. Mesas dispuesta a modo de bar-café-teatro para un espectador-consumidor dibujan el espacio. El público desde su entrada establece un pacto con el lugar y con la obra. Allí no solo observa desde la distancia lo que ocurre en escena, sino que es libre de moverse, conversar, beber y divertirse.

La obra es una comedia, protagonizada por *Ella* y *Él*, dos personajes que se conocen por *Sexchat* y que sin proponérselo, se encuentran. En ese momento no logran identificarse, pues tienen una falsa imagen el uno del otro. Una imagen estereotipada que luego se desvanecerá y dará paso al final feliz.

El espectáculo se centra en un relato sencillo. En él se conecta lo heredado por la maestra Dorys Mendes, directora general del grupo, con la búsqueda de nuevos modos de producción teatral. Técnicas corpóreas habitan en armonía con una escena que, desde su producción, plantea cambios con respecto a la manera tradicional con la que ha trabajado el grupo durante tantos años. Desde ahí se empasta en un equilibrio valioso lo viejo y lo nuevo.

Con las actuaciones de Arasay Suárez, Yudian Padrón, Yudeivis Robaina, Adriana Robaina y Ainelys Ramírez el espacio teatral de *¡No!* adopta un tono casi cabaretero. A lo que ayuda que la historia sea un argumento ligero, contado de manera tradicional. Y aunque resulta curioso que estas nuevas maneras de pensar la escena se lleven a cabo con un relato aristotélico, aún cuando la provocación que el espacio propone es otra, no hay en ese caso un divorcio entre lo uno y lo otro. *¡No!* es un ejemplo sencillo de como, sin renunciar a la herencia, uno debe explorar otras zonas que apoyen y fertilicen la creación. Pensar la escena a manera de Bar, creo que es un empeño también por encontrarnos y reunirnos en el teatro. Al final, creo que eso es lo que nos queda de *¡No!*, y también lo que nos queda del teatro, una fuente de encuentro ante tanta soledad.



FACTORÍA DE IDIOTAS, la danza oscura del payaso amargo

Por Norge Espinosa Mendoza

Sigue siendo interesante regresar a Camagüey para saber qué continúa haciendo Mario Junquera, al frente de su Teatro del Espacio Interior. El grupo, que nació con espectáculos como *Rebis* y *Guetto de corderos*, ha ido aumentando sus desafíos y ganando una independencia en términos estéticos que, sin renunciar a los elementos básicos de su fundación, avanza ahora, desde su sede a la que se llega tras subir los casi cincuenta peldaños de una empinada escalera a un costado del Teatro Principal, a un retrato amargo y punzante de lo que somos, en términos cívicos y políticos. Y esa es la carta que el colectivo se juega sin remilgos en *Factoría de idiotas*.

Con la música de los Beatles en algunos de sus temas más radicales, con el protagonismo concentrado en el rol de un clown que nos remite al desasosiego de Beckett y a los atrevimientos escatológicos de Jarry, entre referencias que llegan hasta *El juego del calamar* y otras fábulas de la literatura, el cine y otras artes que nos recuerdan el peor costado de los errores humanos; este montaje es fiel a la visión de un director que nos recuerda que el teatro es un territorio de libertades y disensos, una zona de peligro en la cual podemos, sobre todo, hacer ver al espectador las señales de alerta que ya otros artistas de renombre nos legaron, con la intención de que no se repitieran ciertos descalabros creados por la ceguera, la cerrazón mental, el ajedrez peligroso de una política que reduce a peones y a números a los ciudadanos que los padecen.

Ver a Mario Junquera en el rol central es confirmarle el reclamo de que no abandone su presencia en la escena. La fábula es amarga, grotesca, incómoda. Avanza en un círculo cruelmente cerrado: caballos, perros, ovejas: actores y espectadores. Y el grupo ha trabajado sobre esas ideas a conciencia. Los payasos que interpretan a funcionarios, ministros, víctimas y masa dependiente de los antojos de este rey payaso y su reina, se borran el rostro pintado en el momento final de la escena. Lo más agudo de *Factoría de idiotas* es acaso eso. Más allá del gusto y el disgusto, del aplauso o el rechazo, es un espectáculo que, como una danza oscura de payasos amargos, nos recuerda que detrás de toda máscara, de todo personaje, está la piel de nosotros mismos.

LA CHIMENEA Y EL FOLCLÓRICO, TAMBIÉN EN FESTIVAL



Por Manuel Peláez y
Gabriela López-Silvero Torres

En una pequeña habitación del Teatro Tasende, se presentó el grupo teatral La Chimenea, con su tercera obra *Secretos bajo la Luna*. Heidy Almarales, directora y actriz de este micro teatro, se maneja con la técnica de títeres de mesa para tejer una historia íntima. Destinado para un único espectador, este espectáculo trae un relato sencillo sobre los hombres desdichados, a los cuales la luna asiste con su baile sideral. Luego, con un breve beso los consuela, para de inmediato expirar entre las nubes. Solo faltaría ver qué sucede más tarde con ese hombre de llanto interminable, pues en escena nada parece haber cambiado tras su interacción con la bailarina. Por esa parte no se percibe una progresión en los siete minutos que dura la confidencia de este secreto. Sin embargo, nos invita a detenernos un instante en su universo y al final lo agradecemos.

Esta muestra de teatro independiente convive en el festival con propuestas de mayor escala, y en ese sentido son portadores de un valor estético particular. Con pocos elementos diseñan un paisaje marítimo sugerido, que se apoya en la sonata *Claro de Luna* y en la luz que emanan los objetos que habitan la pieza. Resulta estimulante hallar espacios y voces alternativas, que se plantean búsquedas, en las cuales advierten un camino propio.

Hay espectáculos que celebran una trayectoria y otros que desnudan su esencia. *Venturas y Desventuras de una Compañía*, del Ballet Folclórico de Camagüey, hace ambas cosas. Dirigida por Reinaldo Echemendía, esta obra recorre 33 años de historia con un aire de euforia que contagia desde el primer toque de tambor. Porque, como se dice en escena, "el tambor es la voz percutiente del corazón que palpita". Sin una narrativa rígida, la obra es un mosaico de momentos que oscilan entre lo cotidiano y lo mágico: ensayos accidentados, la presencia de Yemayá y Oshún, e incluso una Cecilia Valdés adaptada a los apogones del siglo XXI. La música es una celebración de géneros cubanos como el mozambique, pilón, mambo, conga, danzón y salsa. En medio de todo, un *Lago de los Cisnes* para timberos sorprende con su desparpajo y desafia lo solemne para reinventarse con gracia. Es el tambor quien lleva la batuta, erigiéndose como el verdadero protagonista. Más que música, es patrimonio, resistencia, identidad. Un grito de alegría y orgullo por un legado que sigue vivo. Al final, el tambor late, vibra y nos recuerda que es el corazón de nuestra danza y nuestra historia.



De flores y narices rojas

Por Isabel Cristina

Los que han visto *Flores de Carolina* y *Ajonjolí* aseguran que es uno de los espectáculos más bellos de Teatro de Las Estaciones. Rubén Darío Salazar se inspira en el poemario *Los payasos* de Dora Alonso y se apropia de la obra del artista visual Arístides Hernández, ARES.

Dos payasitos van redescubriendo la historia de amor de sus abuelos y sus andanzas en el circo. A través de poemas, música y colores se va tejiendo la añoranza por aquellos tiempos pasados y va naciendo, en el presente, un sentimiento tan suave y puro como las flores de carolina y ajonjolí.

Esta obra tiene una magia especial. Los actores coquetean finamente con la técnica del clown, desde la gestualidad, el maquillaje y los vestuarios, pero al mismo tiempo, conservan ese aliento titiritero que distingue las creaciones del grupo. Los actores logran construir a payasos titiriteros con una mezcla de palabra y gesto, de figuras y narices rojas.

Los diseños de Zenén Calero renuevan, con delicada armonía, los personajes pintados por ARES. En la escena se va hilando un mundo de evocaciones que se alzan también desde la música original compuesta por Raúl Valdés. Detrás del ambiente de colores vivos hay una profunda reflexión sobre la memoria familiar. Esta obra nos habla sobre la identidad, sobre el amor, sobre el respeto y el cariño hacia nuestros mayores, que son también nuestra luz hacia el futuro, la nariz roja sobre la sonrisa limpia del payaso.

Hay en *Flores de Carolina* y *Ajonjolí* un gesto de dulzura que pocas veces vemos en el teatro. Es, sin dudas, uno de los espectáculos más bellos de Teatro de Las Estaciones.



Tambor que suena, Diablo que tiembla

Por Gabriela López-Silvero Torres

En 2024, Teatro Papalote cumple 64 años como uno de los grandes referentes del teatro titiritero en Cuba. Bajo la dirección de René Fernández Santana, este grupo matancero sigue fiel a su misión de llevar a escena las tradiciones culturales cubanas, mezclando el poder de la narrativa folclórica con un enfoque moderno y educativo.

La historia de *Los Ibeyis* y *el Diablo* sigue a los jimaguas divinos Ibeyis, quienes deben enfrentarse al malvado *Diablo Congo* para restaurar el equilibrio de la naturaleza. Con la astucia de los dioses y el poder del tambor, que no solo marca el ritmo de la acción, sino que representa la esencia misma de nuestra cultura, estos niños logran vencer al mal y devolver la paz al monte. La obra juega con lo lúdico y lo serio, lo que permite que el público se conecte tanto con el humor como con la lección más profunda que ofrece: la unidad y la resistencia ante el mal. La narrativa, impregnada de humor criollo y elementos del bufo cubano, se despliega como un verdadero ajiaico cultural.

Los diseños de Zenén Calero evocan un mundo mágico lleno de color y textura, donde los títeres de técnica mixta se desplazan con naturalidad. El vestuario, inspirado en la estética de lo yoruba, enriquece la experiencia visual y conecta con las raíces culturales de la obra. En escena, los titiriteros fusionan gracia, técnica y pasión, ofreciendo actuaciones que dan vida a los muñecos y construyen un puente emocional con el público.

La música es el alma de *Los Ibeyis* y *el Diablo*. Los tambores no solo acompañan la acción, sino que son una extensión de los personajes, marcando cada giro dramático y aportando una atmósfera ritual y envolvente. La puesta es un acto de amor hacia la cultura cubana y una celebración de la riqueza de sus raíces. En manos de Papalote, el teatro se convierte en una fiesta de imaginación y orgullo. Cada gesto y cada palabra construyen un espectáculo lleno de alma y energía. Una joya escénica que demuestra por qué Papalote es sinónimo de excelencia en el teatro cubano.

